

y ya la puerta me rompen.
Yo, viendo que aunque dilate,
no es posible que revoque
la sentencia de enemigos
tan agraviados y nobles;
viendo á mi lado la hermosa
de mis desdichas consorte,
y que hurtaba á sus mejillas
el temor sus arreboles;
viendo cuán sin culpa suya
conmigo fortuna corre,
pues con industria deshace
cuanto los hados disponen;
por dar premio á sus lealtades
por dar fin á sus temores,
por dar remedio á mi muerte,
y dar muerte á mis pasiones,
hube de darme partido,
y pedirles que conformen
con la union de nuestras sangres
tan sangrientas disensiones.
Ellos que ven el peligro
y mi calidad conocen,
lo acetan, despues de estar
un rato entre sí discordes.
Partió á dar cuenta al Obispo
su padre, y volvió con orden
de que el desposorio pueda
hacer cualquier sacerdote.
Hízose, y en dulce paz
la mortal guerra trocose,
dándote la mejor nuera
que nació del sur al norte.
Mas en que tú no lo sepas
quedamos todos conformes,
por no ser con gusto tuyo
y por ser mi esposa pobre;
pero ya que fué forzoso
saberlo, mira si escoges
por mejor tenerme muerto
que vivo y con mujer noble.

D. Beltr. Las circunstancias del caso
son tales, que se conoce
que la fuerza de la suerte
te destinó esa consorte:
y así no te culpo en más
que en callármelo.

D. Garc. Temores
de darte pesar, señor,
me obligaron.

D. Beltr. Si es tan noble,

¿qué importa que pobre sea?
¿Cuánto es peor que lo ignore,
para que habiendo empeñado
mi palabra, agora torne
con eso á doña Jacinta!
¡Mira en qué lance me pones!
Toma el caballo, y temprano
por mi vida te recoge,
porque despacio tratemos
de tus cosas esta noche.

D. Garc. Iré á obedecerte al punto
que toquen las oraciones.

[Vase *D. Beltran.*]

ESCENA X.

D. GARCÍA.

Dichosamente se ha hecho;
persuadido el viejo va:
ya del mentir no dirá
que es sin gusto y sin provecho,
pues es tan notorio gusto
el ver que me haya creído,
y provecho haber huido
de casarme á mi disgusto.
¡Bueno fué reñir conmigo
porque en cuanto digo miento,
y dar crédito al momento
á cuantas mentiras digo!
¿Qué fácil de persuadir
quien tiene amor suele ser!
y ¿qué fácil en creer
el que no sabe mentir!
Mas ya me aguarda Don Juan.

[*A uno que está dentro*]

¡Hola! llevad el caballo.
Tan terribles cosas hallo
que sucediéndome van,
que pienso que desvarío:
vine ayer, y en un momento
tengo amor y casamiento,
y causa de desaffo.

ESCENA XI.

DON JUAN.—DON GARCÍA.

D. Juan. Como quien sois lo habeis hecho,
Don García.

D. Garc. ¿Quién podía,
sabiendo la sangre mia,
pensar menos de mi pecho?

Mas vamos, Don. Juan, al caso
porque llamado me habeis.
Decid, ¿que causa teneis
que por sabella me abraso
de hacer este desaffo?

D. Juan. Esta dama á quien hicistes,
conforme vos me dijistes,
anoche fiesta en el rio,
es causa de mi tormento,
y es con quien dos años há
que, aunque se dilata, está
tratado mi casamiento.
Vos ha un mes que estais aquí;
y deseo, como de estar
encubierto en el lugar
todo ese tiempo de mí,
colijo que habiendo sido
tan público mi cuidado,
vos no lo habeis ignorado,
y así me habeis ofendido.
Con esto que he dicho digo
cuanto tengo que decir;
y es que ó no habeis de seguir
el bien que há tanto que sigo,
ó si acaso os pareciere
mi peticion mal fundada,
se remita aquí á la espada,
y la sirva el que venciere.

D. Garc. Pésame que sin estar
del caso bien informado,
os hayais determinado
á sacarme á este lugar.
La dama, Don Juan de Sosa,
de mi fiesta, vive Dios,
que ni la habeis visto vos,
ni puede ser vuestra esposa;
que es casada esta mujer,
y há tan poco que llegó
á Madrid, que solo yo
sé que la he podido ver.
Y cuando esa hubiera sido,
de no verla más os doy
palabra como quien soy,
ó quedar por fementido.

D. Juan. Con eso se aseguró
la sospecha de mi pecho,
y he quedado satisfecho.

D. Garc. Falta que lo quede yo;
que haberme desafiado
no se ha de quedar así.

Libre fué el sacarme aquí;
mas habiéndome sacado,
me obligastes, y es forzoso,
puesto que tengo de hacer
como quien soy, no volver
sino muerto ó vitorioso.

D. Juan. Pensad, aunque mis desvelos
háyais satisfecho así,
que aun deja cólera en mí
la memoria de mis celos.

(*Sacan las espadas y acuchillanse.*)

ESCENA XII.

DON FÉLIX.—DICHOS.

D. Félix. Deténganse, caballeros;
que estoy aquí yo.

D. Garc. ¿Que venga
Agora quien me detenga!

D. Félix. Vestid los fuertes aceros;
que fué falsa la ocasion
Desta pendencia.

D. Juan. Ya habia
Dícholo así Don García;
pero por la obligacion
en que pone el desaffo
desnudó el valiente acero.

D. Félix. Hizo como caballero
de tanto valor y brío;
y pues bien quedado habeis
con esto merezca yo
que á quien de celoso erró,
perdon y la mano deis.

[*Dánse las manos.*]

D. Garc. Ello es justo, y lo mandais.
Mas mirad de aquí adelante,
en caso tan importante,
don Juan, cómo os arrojaís.
Todo lo habeis de intentar
primero que el desaffo;
que empezar es desvarío
por donde se ha de acabar. [Vase.]

ESCENA XIII.

DON JUAN, DON FÉLIX.

D. Félix. Estraña ventura ha sido
haber yo á tiempo llegado.

D. Juan. ¿Qué en efeto me he engañado?

D. Félix. Sí.

D. Juan. ¿De quién lo habeis sabido?

- D. Félix. Súpelo de un escudero de Lucrecia.
- D. Juan. Decid, pues, cómo fué.
- D. Félix. La verdad es que fué el coche y el cochero de Doña Jacinta anoche al Sotillo, y que tuvieron gran fiesta las que en él fueron; pero fué prestado el coche. Y el caso fué que á las horas que fué á ver Jacinta bella á Lucrecia, ya con ella estaban las matadoras, las dos primas de la quinta.
- D. Juan. ¿Las que en el Cármen vivieron?
- D. Félix. Sí, pues ellas le pidieron el coche á Doña Jacinta, y en él con la oscura noche fueron al río las dos. Pues vuestro paje, á quien vos dejastes siguiendo el coche, como en él dos damas vió entrar cuando anocheaba, y noticia no tenia de otra visita, creyó ser Jacinta la que entraba y Lucrecia.
- D. Juan. Justamente.
- D. Félix. Siguió el coche diligente, y cuando en el Soto estaba, entre la música y cena lo dejó, y volvió á buscaros á Madrid, y fué el no hallaros ocasion de tanta pena; porque yendo vos allá se deshiciere el engaño.
- D. Juan. En eso estuvo mi daño; mas tanto gusto me dá el saber que me engañé, que doy por bien empleado el disgusto que he pasado.
- D. Félix. Otra cosa averigüé, que es bien graciosa.
- D. Juan. Decid.
- D. Félix. Es que el dicho Don García llegó ayer en aquel día de Salamanca á Madrid, y en llegando se acostó, y durmió la noche toda, y fué embeleco la boda

y festin que nos contó.

- D. Juan. ¿Qué decís!
- D. Félix. Esto es verdad.
- D. Juan. ¿Embustero es Don García?
- D. Félix. Eso un ciego lo veria; porque tanta variedad de tiendas, aparadores, vajillas de plata y oro, tanto plato, tanto coro de instrumentos y cantores, ¿no era mentira patente?
- D. Juan. Lo que me tiene dudoso es que sea mentiroso un hombre que es tan valiente, que de su espada el furor diera á Alcides pesadumbre.
- D. Félix. Tendrá el mentir por costumbre, y por herencia el valor.
- D. Juan. Vamos, que á Jacinta quiero pedille, Félix, perdon, y decille la ocasion con que esforzó este embustero mi sospecha.
- D. Félix. Desde aquí nada le creo, Don Juan.
- D. Juan. Y sus verdades serán ya consejas para mí. (Vanse.)

Calle.

ESCENA XIV.

TRISTAN, DON GARCÍA Y CAMINO, de noche.

- D. Garc. Mi padre me dé perdon, que forzado le engañé.
- Tristan. Ingeniosa escusa fué; pero dime, ¿qué invencion agora piensas hacer con que no sepa que ha sido el casamiento fingido?
- D. Garc. Las cartas le he de coger que á Salamanca escribiere, y las respuestas fingiendo yo mismo, iré entreteniéndolo la ficcion cuanto pudiere.

ESCENA XV.

JACINTA, LUCRECIA É ISABEL, á la ventana.—

D. GARCÍA, TRISTAN Y CAMINO, en la calle.

- Jacinta. Con esta nueva volvió don Beltran bien descontento,

- cuando ya del casamiento estaba contenta yo.
- Lucrecia. ¿Qué? ¿el hijo de Don Beltran es el indiano fingido?
- Jacinta. Sí, amiga.
- Lucrecia. ¿A quién has oido lo del banquete?
- Jacinta. A Don Juan.
- Lucrecia. Pues ¿cuándo estuvo contigo?
- Jacinta. Al anochecer me vió, y en contármelo gastó lo que pudo estar conmigo.
- Lucrecia. ¿Grandes sus enredos son!
- Jacinta. Estos tres hombres parece que se acercan al balcon.
- Lucrecia. Vendrá al puesto Don García, que ya es hora.
- Jacinta. Tú, Isabel, mientras hablamos con él, á nuestros viejos espía.
- Lucrecia. Mi padre está refiriendo bien despacio un cuento largo á tu tio.
- Isabel. Yo me encargo de avisaros en viniendo. [Vase.]
- Camino. (A D. García.) Este es el balcon os espera tanta gloria. (adonde [Vase.]
- ESCENA XVI.
- D. GARCÍA Y TRISTAN, en la calle; JACINTA Y LUCRECIA, á la ventana.
- Lucrecia. Tú eres dueño de la historia, tú en mi nombre le responde.
- D. Garc. ¿Es Lucrecia?
- Jacinta. ¿Es Don García?
- D. Garc. Es quien hoy la joya halló más preciosa que labró el cielo, en la Platería; es quien en llegando á vella, tanto estimó su valor, que dió, abrasado de amor, la vida y alma por ella. Soy, al fin, el que se precia de ser vuestro, y soy quien hoy comienzo á ser, porque soy el esclavo de Lucrecia.
- Jacinta. (Ap. á Lucrecia.) Amiga, este caballero para todas tiene amor. (ro

- Lucrecia. El hombre es embarrador.
- Jacinta. Él es un gran embustero.
- D. Garc. Ya espero, señora mia, lo que me quereis mandar.
- Jacinta. Ya no puede haber lugar lo que trataros queria.....
- Tristan. (Al oido á su amo.) ¿Es ella?
- D. Garc. Sí.
- Jacinta. Que trataros un casamiento intenté bien importante, y ya sé que es imposible casaros.
- D. Garc. ¿Por qué?
- Jacinta. Porque sois casado.
- D. Garc. ¿Que yo soy casado?
- Jacinta. Vos.
- D. Garc. Soltero soy, vive Dios. Quien lo ha dicho os ha engañado.
- Jacinta. (Ap. á Lucrecia.) ¿Viste mayor em (bustero?
- Lucrecia. No sabe sino mentir.
- Jacinta. ¿Tal me quereis persuadir?
- D. Garc. Vive Dios, que soy soltero.
- Jacinta. (Ap. á Lucrecia.) Y lo jura.
- Lucrecia. Siempre ha sido costumbre del mentiroso, de su crédito dudoso jurar para ser creido.
- D. Garc. Si era vuestra blanca mano con la que el cielo queria colmar la ventura mia, no pierda el bien soberano, pudiendo esa falsedad probarse tan fácilmente.
- Jacinta. [Ap.] ¿Con qué confianza miente! ¿No parece que es verdad?
- D. Garc. La mano os daré, señora, y con eso me creeréis.
- Jacinta. Vos sois tal, que la daréis á trescientas en una hora.
- D. Garc. Mal acreditado estoy con vos.
- Jacinta. Es justo castigo, porque mal puede conmigo tener crédito quien hoy dijo que era perulero, siendo en la corte nacido, y siendo de ayer venido, afirmó que há un año entero que está en la corte; y habiéndolo

esta tarde confesado
que en Salamanca es casado
se está agora desdiciendo;
y quien pasando en su cama
toda la noche, contó
que en el rio la pasó
haciendo fiesta á una dama.

Tristan. [Ap.] Todo se sabe.

D. Garc. ¡Mi gloria!

escuchadme, y os diré
verdad pura; que ya sé
en qué se yerra la historia.
Por las demas cosas paso
que son de poco momento,
por tratar del casamiento,
que es lo importante del caso.
Si vos hubiérades sido
causa de haber yo afirmado,
Lucrecia, que soy casado,

¿Será culpa haber mentido?

Jacinta. ¿Yo la causa?

D. Garc. Sí, señora.

Jacinta. ¿Cómo?

D. Garc. Decíroslo quiero.

Jacinta. (Ap. á Lucrecia.) Oye; que hará el
lindos enredos agora. (embustero)

D. Garc. Mi padre llegó á tratarme
de darme otra mujer hoy;
pero yo, que vuestro soy,
quise con eso escusarme;
que mientras hacer espero
con vuestra mano mis bodas,
soy casado para todas,
solo para vos soltero.
Y como vuestro papel
llegó esforzando mi intento,
al tratarme el casamiento,
puse impedimento en él.
Este es el caso: mirad
si esta mentira os admira,
cuando ha dicho esta mentira
de mi aficion la verdad.

Lucrecia. [Ap.] Mas ¿si lo fuese?

Jacinta. [Ap.] ¡Qué buena
la trazó, y qué de repente!
Pues ¿cómo tan brevemente
os pudo dar tanta pena?
¡Casi aun no visto me habeis,
y ya os mostrais tan perdido!
¿Aun no me habeis conocido,
y por mujer me quereis?

D. Garc. Hoy ví vuestra gran beldad
la vez primera, señora;

que el amor me obliga agora
á deciros la verdad.

Mas si la causa es divina,
milagro el efeto es,
que el Dios niño, no con piés,
sino con alas, camina.

Decir que habeis menester
tiempo vos para matar,
fuera, Lucrecia, negar
vuestro divino poder.

Decis que sin conoceros
estoy perdido. ¡Pluguiera
á Dios que no os conociera!

Bien os conozco: las partes
sé bien que os dió la fortuna,
que sin eclipse sois Luna,

que sois Mendoza sin mártes,
que es difunta vuestra madre,
que sois sola en vuestra casa,

que de mil doblones pasa
la renta de vuestro padre:

ved si estoy mal informado:
¡ojála, mi bien, que así
lo estuviérades de mí!

Lucrecia. (Ap.) Casi me pone en cuidado.

Jacinta. Pues Jacinta ¿no es hermosa,
no es discreta, rica, y tal,
que puede el mas principal
desealla para esposa?

D. Garc. Es discreta, rica y bella,
mas á mí no me conviene.

Jacinta. Pues decid, ¿qué falta tiene?

D. Garc. La mayor, que es no querella.

Jacinta. Pues yo con ella os quería
casar; que esa sola fué
la intencion con que os llamé.

D. Garc. Pues será vana porfia;
que por haber intentado
mi padre, Don Beltran, hoy
lo mismo, he dicho que estoy
en otra parte casado.

Y si vos, señora mia,
intentais hablarme en ello,
perdonad: que por no hacello,
seré casado en Turquía.

Esto es verdad, vive Dios,
porque mi amor es de modo,

que aborrezco aquello todo,
mi Lucrecia, que no es vos.

Lucrecia. [Ap.] ¡Ojalá!

Jacinta. ¡Que me trateis
con falsedad tan notoria!
Decid, ¿no teneis memoria
ó vergüenza no teneis?
¿Cómo, si hoy dijistes vos
á Jacinta que la amais,
agora me lo negais?

D. Garc. ¡Yo á Jacinta! Vive Dios,
que solo con vos he hablado
desde que entré en el lugar.

Jacinta. Hasta aquí pudo llegar
el mentir desvergonzado.

Si en lo mismo que yo ví
os atreveis á mentirme,
¿qué verdad podréis decirme?

Idos con Dios, y de mí
podeis desde aquí pensar,
si otra vez os diere oído:

que por divertirme ha sido;
como quien para quitar
el enfadoso fastidio

de los negocios pesados,
gasta los ratos sobrados
en las fábulas de Ovidio. [Vase.]

D. Garc. Escuchad, Lucrecia hermosa.

Lucrecia. (Ap.) Confusa quedo. (Vase.)

D. Garc. Estoy loco.

¡Verdades valen tan poco!

Tristan. En la boca mentirosa.

D. Garc. ¿Qué haya dado en no creer
cuanto digo!

Tristan. ¿Qué te admiras,
si en cuatro ó cinco mentiras
te ha acabado de coger?

De aquí, si lo consideras,
conocerás claramente,
que quien en las burlas miente,
pierde el crédito en las veras.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de D. Sancho.

ESCENA PRIMERA.

CAMINO, con un papel.—LUCRECIA.

Camino. Este me dió para tí
Tristan, de quien Don García

con justa causa confía
lo mismo que tú de mí;
que aunque su dicha es tan corta,
que sirve, es muy bien nacido:
y de suerte ha encarecido
lo que tu respuesta importa,
que jura que Don García
está loco.

Lucrecia. ¡Cosa estraña!

¿Es posible que me engaña
quien desta suerte porfia?
El mas firme enamorado
se cansa si no es querido,
¡y éste puede ser fingido,
tan constante y desdeñado!

Camino. Yo al menos, si en las señales

se conoce el corazon,
ciertos juraré que son,
por las que he visto, sus males:

que quien tu calle pasea
tan constante noche y dia,

quien tu espesa celosía
tan atento brujulea,

quien ve que de tu balcon,
cuando él viene, te retiras,

y ni te ve ni le miras,
y está firme en tu aficion;

quien llora, quien desespera,
quien porque contigo estoy

me da dineros, que es hoy
la señal mas verdadera,

yo me afirmo en que decir
que miente, es gran desatino.

Lucrecia. Bien se echa de ver, Camino,
que no le has visto mentir.

¡Pluguiera á Dios fuera cierto
su amor! que á decir verdad,

no tarde en mi voluntad
hallarán sus ansias puerto.

Que sus encarecimientos,
aunque no los he creído,

por lo menos han podido
despertar mis pensamientos;

que dado que es necedad
dar crédito al mentiroso,

como el mentir no es forzoso,
y puede decir verdad,

oblígame la esperanza
y el propio amor á creer,

que conmigo puede hacer